

TREVIÑO CANTÚ

Resulta claro que sólo se busca administrar la problemática agenda bilateral México-Estados Unidos.

Sin ambición

JAVIER TREVIÑO CANTÚ

La “nueva relación” entre México y Estados Unidos se está definiendo más por la inercia de las iniciativas lanzadas desde el gobierno del presidente George Bush, que por cambios fundamentales en la forma de abordar los principales retos comunes.

Una vez superada la intensa etapa de los primeros 100 días de la administración Obama, la conducción de la agenda bilateral tiende a estabilizarse. Desafortunadamente, está lejos de haber tomado una dirección cualitativamente diferente.

En lugar de plantear metas ambiciosas para dar un impulso renovado a la relación, los estándares parecerían reducirse a niveles cada vez más modestos. No hay una presencia mexicana eficaz en todo el territorio estadounidense, el concepto de América del Norte se ha desdibujado, y no se perciben grandes ideas. Al igual que ocurre en otras áreas relacionadas

con la política exterior estadounidense, la definición de lo que significa el éxito en la relación bilateral tiende a la baja.

Es probable que estemos de nuevo frente a un problema de comunicación. En su estrategia de cooperación con México sobre seguridad, la administración Obama ha optado por la continuidad de las políticas acordadas con el anterior gobierno estadounidense: a través de una Iniciativa Mérida con recursos muy limitados que todavía sigue sin concretarse, y al mantener el rechazo a la prohibición para la venta de armas de alto poder.

Por otra parte, Barack Obama ya ha indicado que también le dará continuidad al TLC, al evitar que se contamine con la renegociación para incorporar los acuerdos paralelos en materia laboral y energética.

Aun así, basta señalar la prolongación indefinida del conflicto comercial por la

suspensión del programa de acceso carretero a los camiones de carga mexicanos para comprobar que la importancia del éxito de nuestra relación comercial sigue siendo subestimada.

De igual forma, a la vez que Barack Obama ha retomado el tema de la reforma migratoria integral, también ha mantenido la continuidad del esquema que condiciona su avance al reforzamiento del control fronterizo.

Entre otras medidas, su administración ha reanudado la construcción de la “barda virtual” para cubrir toda la frontera común en 2014 a un costo casi cinco veces mayor que el de la Iniciativa Mérida; está ampliando un programa para identificar el estatus migratorio de los presos en todas las cárceles estadounidenses, que en cuatro años podría multiplicar por 10 el número de convictos deportados; y está desarrollando programas “innovadores”

para dificultar el paso de los migrantes indocumentados, incluyendo la infestación de los carrizales en las orillas del Río Bravo con avispas que, supuestamente, sólo acaban con este tipo de plantas y no son peligrosas para la gente.

Sin duda, la relación entre México y Estados Unidos está en un proceso de ajuste profundo. El problema es que cada vez hay más indicios de que sólo se busca administrar la problemática agenda bilateral, en lugar de buscar soluciones de fondo a los retos compartidos para establecer una visión de futuro mucho más ambiciosa.

Frente a la esperanza del cambio que trajo consigo la elección de Barack Obama y la oportunidad que ofrecen las diversas crisis actuales, la definición de lo que significa el éxito de la relación bilateral sigue estando muy por debajo de su potencial, y de nuestras expectativas.

